

no hay Dios! ¡Cuántos habrá que, sabiendo que hay un Dios por el cual viven, arrastran una existencia tan mal empleada ó peor que aquellos que la ignoran! ¿Son ustedes, hijos míos, de esos que así viven? Propónganse así mismos siempre esta pregunta: ¿Para qué estoy en el mundo? ¿Para qué fin Dios me crió? Y confúndanse de haber vivido hasta ahora como si lo ignoraran. Teman ustedes á Dios y guarden sus mandamientos que ésta es toda la obligación del hombre. La verdadera libertad consiste en servir á Dios; porque nos obliga el amor y no la fuerza.

PABLO RODRIGUEZ.

PIO X CONTRA LOS EVANGELICOS.

ALGUN lector recordará que por iniciativa del cándido Pío X se instituyó en Roma una Sociedad Bíblica muy parecida á la famosa protestante así llamada. Esta romana se titulaba Pía Sociedad de San Jerónimo, la cual estaba encargada de divulgar los Evangelios, y acaso más adelante otros libros de la Biblia; por supuesto, anotados, bien presentados, manuales y baratos para que mejor llegaren á todos los católicos.

Muy bien. No se nos criticará, dijo el Papa, de ocultar al público los libros santos, porque tememos que si los conoce, en ellos vea contradicciones con las obras y palabras del clero católico.

Parece que los respetables miembros de la Sociedad tomaron tan en serio su cometido, que realmente produjeron numerosas y bien hechas ediciones de los Evangelios, con el arte necesario en su alistación y confesión para que fueran, como lo fueron, muy bien recibidos; hasta los protestantes los alabaron; ¿qué digo?... varias iglesias de la Reforma llegaron á comprar buen número de Evangelios de dicha edición para repartirlos entre el pueblo.

La Sociedad evangélica de tratados de Florencia compró á la de San Jerónimo 162,000 ejemplares de sus Evangelios, que también hizo distribuir.

El Papa, el Vaticano, la jerarquía católica entera, debían estar contentísimos, orondos y satisfechos; hasta los protestantes acoplaban, y divulgaban, y compraban su obra. Pues, no señor. Como furias desenfrenadas apare-

cieron los jesuitas pidiendo el exterminio de la Sociedad de San Jerónimo á título de copia de la Biblia protestante, y alegando que el Evangelio, en manos del público, no sirve más que para restar ovejas á la grey católica.

El cardenal Respoghi, hechura de los ignacianos, dijo primero que los miembros de la Sociedad de San Jerónimo eran todos sospechosos de modernismo, por no profesar estimación alguna á la Compañía de Jesús. Después declaró por escrito que haría cuanto pudiera por extinguir la Sociedad, porque la lectura del Evangelio impulsa hacia el protestantismo (¡preciosa, inestimable confesión!) cabalmente cuando éste se extiende tanto por Italia.

Al mismo tiempo, el clero católico italiano empezaba á dar señales de susto é inquietud ante los efectos de la divulgación de la palabra evangélica. El párroco de Noreza (Umbiza) escribía á Florencia: "La vida religiosa de nuestros días sólo se manifiesta en ritos, fórmulas y actos de devoción externa que no concuerdan con el Evangelio. El sacerdote recuerda el rosario, el culto de María, las imágenes, la confesión y comunión frecuente. Pero el Evangelio nada dice de todo eso; cuando San Pablo trata de la comunión de su tiempo, no menciona, como parecía indispensable, la confesión, que debe ahora precederle."

En tales circunstancias, prosigue el cura, el Evangelio resulta libro peligroso; por eso, el obispo no quiere que yo distribuya ejemplares. En cuanto nuestro pueblo lo conozca bien, caerá por tierra toda nuestra piedad católica externa...."

Huelgan pues los comentarios. Cuando los cardenales, los jesuitas y el clero llenos de miedo al Evangelio, lo declaran libro peligroso capaz de destruir al catolicismo ¿qué decir sobre el divorcio entre éste y Jesucristo? ¿son antitéticos al primero ¿qué le resta?... Queda patente pues el acierto de lo que vemos diciendo: "El catolicismo no es cristiano" ahora es él quien lo reconoce. El Evangelio le sirve de veneno y no de savia vivificante ¡acabaremos!... ¡Ah! ¡se nos olvidaba lo mejor... el final de todo esto ha sido que Pío X ha disuelto la Sociedad de San Jerónimo, después de haber secuestrado y encerrado en tipografía vaticana los 250,000 Evangelios restantes... ¡era de esperar!

El Herald, de Figueras, España.